

volveré á sacaros de aquí como esposa, para llevaros al palacio de Córdoba.

Iñigo partió, y Clara experimentó la dulcísima felicidad que ofrece la esperanza á los que se dejan arrebatar por sus amantes brazos.

Clara esperó algunos dias.

Su madre no pudo ménos de descubrir la inmensa dicha que habia en su corazon, y que no siendo bastante á contenerla, rebosaba en sus ojos.

¡Cómo no habia de suceder!

Jóven, pura, vírgen de todas las emociones de la vida, sin que hubiera llenado su existencia más que el entrañable cariño quo profesaba á su madre y el sentimiento religioso que le habia inspirado la cariñosa autora de sus dias, sin haber abrigado más deseo, natural era que aquel nuevo sentimiento ejerciese una influencia trascendental en su porvenir.

No habia duda.

Su corazon habia nacido bajo la influencia del amor.

La imágen de don Iñigo no se separaba de su mente.

A todas horas le veia en su pensamiento, y no cesaban de resonar en su oido las palabras amorosas que habia escuchado.

Cuando su madre le preguntaba la causa de su inquietud, ponía el mayor cuidado en ocultárselo.

La que habia sido siempre buena y no habia negado nada á su madre, bajo la influencia del amor que sentia, faltaba á sus deberes de hija.

Pasaron algunos dias, y la inquietud y la zozobra de Clara se aumentaron.

Iñigo no volvió.

¿La habria engañado?

¿Cómo habria podido gozarse en conquistar un corazon para condenarle al olvido?

¿Le habria ocurrido alguna desgracia?

¿Habria tenido que salir á la guerra y perecer en el combate?

Y lo que era aun peor; ¿habria encontrado alguna mujer más bella, más seductora que ella, y la habria olvidado para rendir tributo á aquella nueva hermosura!

Clara era tambien muy vehemente.

Antes de comprender el amor; sufría los celos.

Como no podia desahogarse su alma, su tormento era mayor.

Habia pasado un mes, é Iñigo no habia vuelto.

Trascurrió otro y su ausencia duraba.

Cuando don Nuño volvió á su hogar, halló á su hija enferma, porque no habia vuelto su amante.

Todas las pesquisas que habia hecho doña Blanca para comprender la causa del malestar de su hija, habian sido inútiles.

Ningun galan habia rondado su casa.

Ninguna serenata habia resonado en la calle, y estaba segura de que no era el amor la causa de la enfermedad de su hija.

Llegó á agravarse tanto, que mandaron á buscar á Córdoba un médico afamado, que habia estudiado



la ciencia con los moros, tan adelantados entonces en la medicina.

Al ver el efecto que produjo la j6ven en el m6dico, al notar los estragos que el mal causaba en ella, temieron por su vida.

Sus fuerzas se habian debilitado de tal modo, que una noche la contaron por muerta.

Al dia siguiente, despues de algunas horas, pasadas en la m6s horrible agonía, llegó á oídos de la pobre Clara el sonido de los añafiles y atabales.

En la estancia contigua á la suya pronunciaron algunas palabras, que tambien recogió.

—¿Quién ha llegado?—preguntó uno.

—Es un noble señor de Córdoba, que viene con su padre, con gran acompaÑamiento de nobles y un numeroso séquito de pajes y escuderos.

—¿Cuál es su nombre?

—El j6ven es don Iñigo Enriquez de Córdoba.

Este nombre le oyeron á un mismo tiempo Clara y su madre, que velaba á su lado.

Produjo tal efecto en la primera, que la segunda se asombró al ver que la débil niña, que no tenia fuerzas para sostenerse, se incorporó en el lecho, y cogiendo las manos de su madre, las cubrió al mismo tiempo con sus besos y sus lágrimas.

—¡Madre mia, madre mia!—exclamó,—soy muy feliz, soy muy feliz: él viene, y me vá á dar la vida.

Doña Blanca descifró entonces el misterio que no habia podido averiguar.

Poco despues resonaron en el patio de la casa las pisadas de los caballos, y don Nuño no tardó en recibir en su estrado á Iñigo y á su padre.

Este, con toda la salemnidad que exigian las ceremonias de aquellos tiempos, le pidió para su hijo la mano de la hermosa Clara.

Era tanto el honor y tanta la merced que hacia el noble padre de Iñigo al pedir la mano de doña Clara de Haro á don Nuño, que recibió con la mayor alegría aquella súplica, no solo por que ya tenia noticias de los altas prendas del pretendiente, sino por que con esta súplica devolvía la tranquilidad á su alma al ver que su hija mejoraba notablemente.

Los motivos que habian retardado la llegada de Iñigo no eran los que Clara habia sospechado.

Su padre, antes de conocer sus intenciones, habia concertado su casamiento con la hija de un dendo suyo, y no habia accedido á los ruegos de Iñigo hasta convencerse plenamente de que si no le daba su bendicion, estaba resuelto á obligar á Clara á que le siguiese y á partir con ella muy lejos, donde pudieran vivir de su amor.

Para vencer la obstinacion del autor de sus dias, habia necesitado tiempo.

Clara le perdonó la tardanza, porque su dicha era tan grande, que el presente le hacia olvidar el porvenir.

Restablecida Clara, pocos dias despues fué llamada á la estancia de su padre por un paje.

El noble don Nuño de Haro se hallaba sentado



en un ancho sillón de baqueta, y viendo entrar á su hija, la dijo:

—Ya sabrás, Clara, que el padre de Iñigo me acaba de pedir tu mano, y al concedérsela he creído que cumplía con un noble deber haciéndote dicha.

—Sí, padre mio; amo á Iñigo, y su ausencia era la causa de mi mal. Creí que me habia olvidado, pero le he visto, le he hablado y me ha explicado satisfactoriamente la causa de su tardanza.

—¡Sé feliz, hija mia!— Yo te bendigo.

Clara se arrodilló delante de su padre, y éste imploró la bendición del cielo para aquella alma pura, dándole al mismo tiempo la suya.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad en Baeza, y quince dias despues de la llegada de la comitiva á la ciudad, unidos para siempre por indisolubles lazos, salió la jóven desposada con su señor y dueño, para vivir en el palacio que debia servirles de morada en Córdoba.

Un año trascurrió para ellos, brindándoles las más dulces felicidades.

No tenia igual en el mundo su amor.

Gozaban tanto, que creían que su dicha seria eterna.

Y sin embargo, cerca de ellos velaba una mujer celosa, que habia sido despreciada por Iñigo: la que su padre le habia destinado para esposa, la que le habia visto posternado á los piés de la hija de don Nuño de Haro.



CRISTÓBAL COLON.—Sé, feliz, hija mia, yo te bendigo.





CRISTOBAL COLON.—del teatro, hija mia, yo te vendigo.

Cuando mayor era la ventura de los dos esposos, más terrible, más vehemente, más implacable era su sed de venganza.

Los celos la habian enloquecido.

Si ella hubiera podido dar su vida por la desgracia eterna de Iñigo y de su esposa, la habria sacrificado sin vacilar.

Como no podia recurrir á la fuerza para vengarse, recurrió á la astucia.

La mujer vengativa es la culebra que paga al que la guarda en su pecho para darla calor, inoculando en su corazon el veneno que lleva en sus afilados dientes.

Hé aquí lo que pasó.